

TEJIENDO DISIDENCIAS:

UNA APROXIMACIÓN A LAS TRANSFORMACIONES DE GÉNERO EN EL CAMPO DEL VOLUNTARIADO

FÁTIMA PERELLÓ TOMÁS

DEPARTAMENT DE SOCIOLOGIA I ANTROPOLOGIA SOCIAL DE LA UNIVERSITAT DE VALÈNCIA

RESUMEN

ESTE ARTÍCULO SE ENMARCA EN EL DEBATE SOBRE PARTICIPACIÓN CIUDADANA Y VOLUNTARIADO DESDE UNA PERSPECTIVA DE GÉNERO. LOS DATOS DISPONIBLES INDICAN QUE, EN EL SENO DE LAS ORGANIZACIONES DE VOLUNTARIADO, LAS MUJERES REALIZAN MAYORITARIAMENTE LAS TAREAS MENOS PRESTIGIOSAS O CON MENOR VISIBILIDAD SOCIAL. ADEMÁS, EL GRADO DESIGUAL DE PARTICIPACIÓN EN LOS ÓRGANOS DE DIRECCIÓN Y DE GESTIÓN DE ESTAS ENTIDADES, POR PARTE DE HOMBRES Y MUJERES, ESTÁ CONDICIONADO POR LAS ADSCRIPCIONES SOCIALES DE GÉNERO, EL USO DIFERENCIAL DEL TIEMPO Y LA ASIMÉTRICA DISTRIBUCIÓN DEL TRABAJO DOMÉSTICO – FAMILIAR NO PAGADO. LOS RESULTADOS QUE PRESENTAMOS SON UNA PRIMERA APROXIMACIÓN A LAS REPRESENTACIONES DISCURSIVAS EN FUNCIÓN DEL GÉNERO RELATIVAS A ESTAS CUESTIONES, ELABORADAS MEDIANTE GRUPOS DE DISCUSIÓN EN ENTIDADES VALENCIANAS DE VOLUNTARIADO SOCIAL.

PALABRAS CLAVE:

PERSPECTIVA DE GÉNERO, VOLUNTARIADO, TERCER SECTOR

INTRODUCCIÓN

La aportación de este artículo se inscribe en el debate sobre participación ciudadana y voluntariado desde una perspectiva de género. Los resultados y reflexiones que en él se plantean tienen su punto de arranque en una investigación más amplia titulada *Género y voluntariado. La participación de las mujeres en las ONG de la Comunitat Valenciana*¹ (Perelló 2005). El objetivo de dicha investigación se centró en el grado de implicación y participación diferencial de hombres y mujeres en asociaciones de voluntariado adscritas a la Plataforma Valenciana d'Entitats de Voluntariat Social (actualmente Plataforma de Voluntariat Social de la Comunitat Valenciana). Las entidades que forman parte de dicha Plataforma, legalmente reconocidas

mediante inscripción en el Registro de Asociaciones y con, al menos, dos años de antigüedad, se definen como organizaciones de voluntariado, es decir, como organizaciones de carácter no lucrativo que tienen como objetivo producir bienes colectivos. En ellas, las personas voluntarias constituyen el recurso humano central.

Este es el territorio en el que nos movemos, un territorio en expansión. En las últimas décadas del siglo XX asistimos a lo que se ha dado en llamar 'la explosión de las asociaciones de voluntariado'. Desde entonces han proliferado los informes que registran el fenómeno. En Europa se llevaron a cabo estudios comparativos entre los distintos países comunitarios (Volmed 1999); también vieron la luz distintas publicaciones en Francia (Barthèlemy

¹ El estudio fue dirigido por Fátima Perelló y contó con la colaboración de Isabel de la Cruz. El trabajo de campo fue realizado por Verónica Ramírez y Elena Gadea.

2000) y en Italia (IREF 2000); en España, en los últimos diez años, no han dejado de realizarse sugerentes aportaciones teóricas y empíricas en este ámbito (Fundación Tomillo 2000, Pérez Díaz y López Novo 2003, Ruiz de Olabuénaga 2000). En este contexto, se han generalizado los debates acerca de las causas de la emergencia del voluntariado, su consolidación y consecuencias, todo ello en el marco más amplio de distintos modelos analíticos en disputa. Para el propósito de esta comunicación no es necesario detenerse en estas interesantes discusiones y no vamos a hacerlo. Pero sí merece la pena destacar, una vez más, que en la definición de la acción voluntaria los criterios de gratuidad y libre prestación son centrales. De este modo, las acciones y tareas voluntarias pueden entenderse como parte del trabajo no pagado, generador de riqueza y bienestar social en nuestras sociedades, que cubre todas aquellas actividades que producen bienes y servicios sin contraprestación salarial o pago de cualquier especie. Este hecho convierte hoy al voluntariado en una manifestación prestigiosa de la gratuidad social. En un contexto social atravesado por procesos de creciente mercantilización y búsqueda del interés individual, el voluntariado parece emerger como un contrapunto excepcional.

Ahora bien, conviene recordar que la gratuidad no es exclusiva de la acción voluntaria. La encontramos a lo largo y ancho del espacio social como fundamento de los vínculos sociales que tejen el entramado de las relaciones afectivas, familiares, de amistad, de vecindad, etc. ¿Qué diferencia a la acción voluntaria, gratuita, alejada de la esfera del intercambio salarial, de otras manifestaciones basadas en principios de reciprocidad social? El signo distintivo del voluntariado no es *per se* su gratuidad, no es el nexo social que permite el 'don', a través de la triple obligación de dar, recibir y devolver (Mauss 1979), sino el grado de formalización del vínculo social basado en la gratuidad y en la libre prestación de servicios. Corresponde a nuestra época la regulación jurídica por parte del Estado de la colaboración voluntaria en entidades sin ánimo de lucro. Las normativas estatales y autonómicas que regulan la definición, el funcionamiento, los derechos y las obligaciones en las organizaciones

de voluntariado son buena prueba de esta institucionalización (Madrid 2001). Y esta característica convierte el campo del voluntariado en un *topos* especial: a medio camino entre la esfera pública y la esfera privada, entre lo político exterior y lo doméstico interior, puede convertirse en un 'espacio puente' (Valle 1997) en el que ensayar procesos de transformación y cambio de muy diversa índole, algunos de ellos vinculados a la participación ciudadana y las relaciones de género.

El estudio *Género y voluntariado. La participación de las mujeres en las ONG de la Comunitat Valenciana* se centró en este espacio de intersección. Trabajamos con una sencilla hipótesis de partida: el grado desigual de implicación y participación en las entidades de voluntariado social, por parte de hombres y mujeres, guarda una estrecha relación con las adscripciones sociales de género, el uso desigual del tiempo y la asimétrica distribución del trabajo doméstico — familiar no pagado. Esta hipótesis tiene cierta consistencia en el nivel de las prácticas y también en el nivel de las representaciones sociales: a la vista de los datos producidos, todo indica que las mujeres en el seno de las organizaciones realizan mayoritariamente las actividades y tareas menos prestigiosas o con menor visibilidad pública. Y ello a pesar de su mayor presencia numérica en las mismas. Son muchos los factores de índole personal o social que inciden en este hecho. Sin embargo, entre todos ellos, no es nada desdeñable el papel que parece jugar la asunción de las mujeres (a medio camino entre la predisposición y la obligación), de un 'rol expresivo', vinculado a la atención afectiva y a la satisfacción de las necesidades de los otros más próximos. Esta responsabilidad conlleva un grado de implicación en la esfera de lo privado — doméstico que dificulta la realización de proyectos personales independientes, así como la disponibilidad de un tiempo propio gestionado desde la autonomía. De igual modo, tampoco es irrelevante la tendencia de los hombres a desempeñar un 'rol instrumental' que les permite participar en el espacio de lo público y llevar a cabo proyectos personales con una relativa autonomía, al no experimentar como responsabilidad prioritaria la atención afectiva y la satisfacción de las necesidades de los demás miembros de la fa-

milia (Cf. Izquierdo 1998, Murillo 1996). Ambas identificaciones, base de las adscripciones sociales de género tal como hoy las conocemos, son interdependientes y configuran el entramado estructural en el que se asientan las relaciones y el sistema de estratificación de género.

No obstante, lo más interesante del estudio fue la constatación de que algo se estaba moviendo: indicios aquí y allá de leves transformaciones o de rupturas manifiestas con las adscripciones de género tal como las acabamos de definir. En el espacio de las asociaciones de voluntariado encontramos representaciones discursivas y prácticas colectivas que bien pueden definirse como disidencias, pues lo son respecto a los papeles socialmente asignados a hombres y mujeres. Estas disidencias, desacuerdos más o menos elaborados en relación a las asimetrías de género, se van tejiendo lentamente, con contradicciones, retrocesos, avances. Y no hay una única respuesta. No podía ser de otro modo. La textura compleja de las disidencias en el ámbito de lo social suele acontecer al ritmo que siguen los propios agentes sociales, de un modo no diseñado de antemano, teniendo como telón de fondo las posibilidades y límites de la estructura social en la que se enmarca la acción. En las páginas que siguen nos detendremos en la exploración de alguna de estas cuestiones.

EXPLORANDO LAS POSICIONES DISCURSIVAS EN EL CAMPO DEL VOLUNTARIADO

En principio, cabe decir que la realidad valenciana respecto a la situación de las entidades de voluntariado no difiere sustancialmente de la realidad española tomada en su conjunto (Cf. Ariño 2001, Pérez Díaz y López Novo 2003). Las cifras concretas cambian. En ocasiones, la evidencia empírica disponible presenta lagunas a la hora de analizar ciertas dimensiones. Sin embargo, las características generales entre ambas realidades comparten muchas más semejanzas que diferencias. Las entidades que fueron objeto del estudio al que nos estamos refiriendo también presentan tendencias semejantes. Los resultados del cuestionario remitido a las 125 entidades integradas en actual Plataforma de Voluntariat Social de la Comunitat Valenciana nos permitió confirmar este hecho. Más allá de algunas

diferencias importantes respecto a los rasgos predominantes, como una mayor predisposición a establecer vínculos de cooperación con otras organizaciones o el hecho de haber internalizado claramente el discurso de la promoción y transformación social a través de la acción solidaria, son una representación muy significativa de las tendencias generales que caracterizan al tercer sector social valenciano: siguen una pauta de nacimiento que expresa bien la efervescencia asociativa detectada en las últimas décadas; se definen, mayoritariamente, como asociaciones laicas; sus principales campos de actuación son dos de los subsectores tradicionales de la solidaridad y el altruismo (la salud y los servicios sociales); los objetivos de sensibilización, formación y orientación constituyen el grueso de las finalidades explícitas de las actividades que realizan, muy por encima de las actividades asistenciales; disponen de un número reducido de personal asalariado contratado en sus organizaciones, predominan las fuentes públicas de financiación y su estructura organizativa interna presenta un grado medio o medio bajo de formalización funcional.

A menudo, el perfil social de las personas voluntarias aparece caracterizado como feminizado, joven, de clase social media, con un buen nivel de estudios y una ideología de centro o centro izquierda (Gutiérrez Resa 2000). Pero lo cierto es que, a pesar de los avances, desconocemos aún mucho de los rasgos sociodemográficos de quienes colaboran en las entidades de acción social. En relación con la edad, aunque las cifras concretas oscilan un poco en cada investigación, cabe señalar un amplio grado de acuerdo con la tesis de la juventud del voluntariado español: son los grupos más jóvenes de la población los que alcanzan las proporciones más altas respecto al total de personas voluntarias. Pero no sucede lo mismo con la variable sexo, ya que no todos los estudios coinciden en señalar un predominio de las mujeres entre las personas voluntarias del sector. Los estudios realizados por la Plataforma para la Promoción del Voluntariado en España (1997) y por el proyecto Volmed (1997) plantean un predominio de los hombres voluntarios sobre las mujeres. En cambio, la feminización del voluntariado en el ámbito nacional ha sido confirmada en las investigaciones

llevadas a cabo por la Fundación Tomillo (2000), por INMARK (2000) y por Pérez Díaz y López Novo (2003). En nuestro caso, las cifras obtenidas se enmarcan en esta última tendencia, pues se observa un claro predominio de las mujeres voluntarias sobre los varones (Perelló 2005: 57). Estos resultados coinciden con las tendencias observadas para el conjunto de las entidades valencianas de voluntariado social (Ariño 2001: 306).

EL SIGNIFICADO DEL VOLUNTARIADO: TRANSFORMACIONES Y POSICIONES DE GÉNERO

Más allá de las cifras concretas, no debemos olvidar que el campo del voluntariado está vinculado a significativas dinámicas de transformación social. Todo parece indicar que está emergiendo una nueva imagen del voluntariado. En el marco de la crisis del modelo de integración social fordista y el retroceso del estado de bienestar, la acción social voluntaria busca nuevas fuentes de legitimidad a la hora de establecer cuáles son sus funciones, sus límites y sus posibles estrategias de expansión. El altruismo compasivo, religioso o laico, de los primeros tiempos deja paso a la solidaridad entendida como ejercicio reflexivo de la reciprocidad social que se manifiesta a través del don y la gratuidad. Desde aquí, la solidaridad inicia un proceso de apertura hacia la ciudadanía participativa. Ésta, que acentúa la dimensión política de la práctica solidaria y que evidencia los escollos a los que se enfrentan las democracias formales, mira directamente hacia la consecución del bien común a través del desarrollo de la autonomía personal, el ejercicio de la libertad y la responsabilidad civil.

Esta nueva imagen del voluntariado, de sus fuentes de legitimidad y de sus modalidades de actuación, parece emerger acompañada de dos procesos paralelos significativos. Uno de ellos es el empeño de las mujeres voluntarias, especialmente de un sector relevante de las generaciones adultas que tienen ahora entre treinta y cincuenta años, por alejarse de los estereotipos tradicionales de género. No es un fenómeno aislado, sino que está inscrito en la propia

trayectoria colectiva de esta cohorte de mujeres españolas (Valle 2002). Este alejamiento, en el campo del voluntariado, implica un cuestionamiento del papel histórico de las mujeres en un tipo de asistencia social benéfica que hizo de la compasión y la caridad el eje de su legitimación, al tiempo que refuerza la búsqueda de nuevos significados para la acción voluntaria.

El otro proceso tiene que ver con el creciente interés de los varones, especialmente de los jóvenes y los mayores jubilados, por participar activamente en el ámbito social desde las entidades de voluntariado. Esta tendencia, que se perfila con claridad en el nivel de las representaciones colectivas y que afecta con más intensidad a unos sectores de actuación que a otros, puede estar incidiendo en el incremento del prestigio social del ejercicio de la solidaridad y del altruismo en el espacio de lo privado-público que configuran estas organizaciones. Se trata de un mecanismo que ya ha sido observado con anterioridad en el ámbito educativo o en el laboral-profesional: la presencia de los varones en un determinado espacio socialmente instituido, sea éste el que sea y con independencia de las tareas y actividades concretas que se desarrollen en él, va acompañado de un aumento del valor simbólico que se le atribuye socialmente (Bourdieu 2000, Saltzman 1992). De este modo, la incorporación de los varones al campo del voluntariado coadyuva en la redefinición de su imagen.

Las entrevistas en profundidad realizadas en el marco del estudio que sirve de referencia a este artículo dan buena cuenta de estos tránsitos, unos tránsitos que aparecen acompañados de diversas contradicciones y conflictos en su concreción cotidiana (Perelló 2005: 110 - 150). La transformación que se está viviendo en el espacio de la práctica del voluntariado, en sus representaciones y significados colectivos, también emerge en el discurso producido por los grupos de discusión que forman parte de esta investigación. En este punto, no podemos sino manifestar una actitud de cierta cautela, puesto que debido a cuestiones presupuestarias sólo se llevaron a cabo tres grupos de discusión². Por tanto, no pode-

² Los grupos de discusión realizados se ajustaron al siguiente diseño: GD. 1 (Mujeres entre 31 y 50 años, amplias clases medias urbanas, algunas de ellas con familiares que demandaban servicios de cuidado, con alta participación y cargo de responsabilidad en la asociación de refe-

mos ofrecer la totalidad de las posiciones discursivas elaboradas a partir de un diseño estructural completo. No obstante, consideramos que los resultados son lo suficientemente significativos como para apuntar un conjunto de tendencias válidas para comprender el campo del voluntariado desde una perspectiva de género y, sobre todo, para estimular investigaciones posteriores en este terreno.

El análisis del conjunto de opiniones y argumentos producidos en los grupos de discusión en los que han intervenido mujeres y varones de clase media con cargos de responsabilidad y alta participación en sus organizaciones, permite observar cómo el discurso de las personas voluntarias adultas suele acudir a tres significantes clave para elaborar la imagen del voluntariado, construir su significado actual y reelaborar las bases de su legitimidad social: el voluntariado como ‘servicio’, el voluntariado como ‘transformación’, el voluntariado como ‘ejercicio de la ciudadanía’. El punto de partida es una concepción general del voluntariado como acción altruista y solidaria, que no tiene contraprestaciones materiales pero sí morales. No es un acto de pureza desinteresada. De hecho, y así lo hacen los participantes en los grupos de discusión, esta experiencia se puede definir como “gana a ganar”³, ya que las dos partes implicadas (la persona voluntaria y el receptor de la acción) obtienen algo en este ejercicio de mutua reciprocidad (satisfacción íntima y ayuda, respectivamente). Aquí, la voluntad, la ilusión, la motivación, incluso la vocación (como señalan los sectores más conservadores de los grupos), son factores importantes para impulsar la continuidad de la acción voluntaria.

A partir de estas consideraciones, el ‘voluntariado como servicio’ se convierte en núcleo de debate entre los participantes en los grupos. No importa que la asociación sea pequeña o grande, la preocupación es la misma: cómo impulsar la iniciativa del voluntariado, cómo revalorizar socialmente su función de servicio que cubre necesidades sociales. El altruismo,

la voluntad de mejorar las cosas, la ayuda mutua, el servicio a los demás, están en la base de toda experiencia voluntaria, una experiencia en equipo en la que no caben “francotiradores ni paracaidistas”. Estamos frente a “una acción silenciosa, que casi no se ve, alejada de toda aventura”. Se trata de un argumento asumido consensualmente por el grupo de mujeres y por el sector del grupo de varones más alejado discursivamente de las adscripciones tradicionales de género:

“Cuando hay un objetivo claro y una meta, no se mira ni sábados ni domingos, se tiene que hacer y se hace. Y además, pues eso, eso, con, con alegría, con ilusión (...). (...) Yo en la organización he pasado desde, bueno, (...), por todos los cargos, pero siempre de, de retaguardia, de buscar dinero, de conseguir fondos para, para esto. Entonces, es una labor, si tú quieres, pues, callada, es una labor burocrática, es una labor que no, y a lo mejor lo bonito pues sería, eso, ver en destino y decir, bueno, pues es una cosa que es, que, que es, no sé, sí, que es lo más tonto que te puedes imaginar ¿no?, lo más... o lo menos, porque la gente se cree que colaborar con el Tercer Mundo es, pues como Harrison Ford, en el Arca Perdida, que vas allí, coges el látigo y esas cosas, y, y no, es, pues eso, (...) y, en fin, y dices, ¿y eso te llena o te compensa? Y dices, pues bueno, pues no sé, pues creo que sí. No lo sé. No es el Harrison Ford del Arca Perdida, pero alguien lo tiene que hacer ¿no?” (GD. 3, Varones adultos con alta participación y cargo de responsabilidad en entidades de voluntariado).

En este contexto, el grupo de mujeres se siente continuador de un legado histórico solidario que desde siempre ha estado presente en la vida cotidiana de las mujeres. Bajo otros nombres, incluso sin nombre, las mujeres siempre han ayudado, cuidado o servido a los demás. Se trata de un aspecto que el grupo de varones no tiene en cuenta a la hora de articular el significado actual del voluntariado:

rencia); GD. 2 (Mujeres menores de 30 años, amplias clases medias urbanas, algunas participantes estudiantes y otras empleadas en el mercado de trabajo, variación respecto al grado de participación en la asociación de referencia); GD. 3 (Varones entre 40 y 60 años, amplias clases medias urbanas, algunos de ellos con familiares que demandaban servicios de cuidado, con alta participación y cargo de responsabilidad en la asociación de referencia).

³ A lo largo del artículo, como suele ser habitual en los análisis del discurso mediante textos producidos por los propios agentes sociales, las palabras o expresiones situadas entre comillas dobles se corresponden -literalmente- con las enunciadas por éstos en los grupos de discusión.

“Pues si yo no pretendo olvidarme, ni quiero, ni estoy traumatizada, ni estoy nada, simplemente estamos..., pues como estáis todas vosotras, por decir, si mi grano de arena puede ayudar a esta persona como a mí me ayudó aquella persona en su momento, pues ¡joye!, ¡ojalá el mundo fuera una rueda de buenas intenciones y tú la llevas! (...) Pues lo que decía ella de la mujer que antes iba y ayudaba al vecino, eso es voluntariado. Quizá una cosa en la que aporta su ayuda a algo que es necesario en un momento dado y lo hace porque quiere y porque se encuentra a gusto, y porque puede dedicar ese rato y lo que sea. Eso ha existido toda la vida por parte de las mujeres, y eso se ha ido transformando en una bola ahí, muy grande, que está bien porque hemos ido incluyendo a los hombres, hemos ido haciendo que todo eso que era cosa sólo de mujeres pues, pues comienza a verse que todo el mundo entra y pues sí, van cambiando las cosas...Y es cubrir necesidades, ¿eh?, porque estamos hablando de salud, estamos hablando de alimentación, esas cosas que la mujer ha aportado, ha hecho y ha administrado y toda la pesca” (GD. 1, Mujeres adultas con alta participación y cargo de responsabilidad en entidades de voluntariado).

Significativamente, esta posición discursiva asume algunos de los presupuestos del feminismo más reciente que, independientemente de sus variantes analíticas o políticas, insiste en la revalorización de las funciones y los trabajos que la modernidad adscribió socialmente a las mujeres al alejarlas de la esfera de la producción monetarizada y el ejercicio público del poder (Bocchetti 1996, Camps 1998, Carrasco 2001, Perelló 2000). Al reconocer la impronta femenina en las acciones sociales basadas en la ayuda, el cuidado, y la solidaridad, el hecho de “traer la vida a la vida” mediante las relaciones que permite establecer la práctica del voluntariado, se convierte en una extensión del rol expresivo que nuestro mundo moderno convirtió en bisagra fundamental de la definición social de la identidad femenina. Pero, hay un cambio cualitativo importante: para este grupo de mujeres la acción voluntaria no es una obligación, sino una elección en la que el deseo de ocuparse de los demás o de colaborar en la transformación del mundo están presentes. Las funciones afectivas, de cuidado, de satisfacción de las necesidades de los

otros salen del ámbito privado del hogar para instalarse en las organizaciones que componen el espacio solidario de lo privado — público.

El significado del voluntariado como servicio se complementa con la idea de ‘transformación’. La acción social permite el cambio en el mundo, mediante un compromiso de transformación tanto en el nivel personal y vital como en el social. Y aquí juegan un importante papel las relaciones interpersonales que la práctica solidaria permite establecer:

“... es un movimiento, no es un ponerse, no estar estáticos, y decir ‘¡Ay! es que, hay que ayudar, el mundo tiene que cambiar.’ No, es, es, tú movilizarte y movilizar a los demás, ¿no?”

Sí, yo también, cuando lo preguntabas, yo pensaba también eso, que para mí es un compromiso de transformación social, ¿no? (...) También, como decía ella, yo me movilizo, yo pensaba también eso, que mucha de la transformación empieza porque nos transformamos y nos dejamos transformar y nos dejamos mover por la realidad, nos dejamos personalmente y nos dejamos (...) por la realidad, ¿no? Creo que también tiene mucho de transformación de las relaciones, ¿no?, porque el transformar el mundo y la sociedad pasa también por el transformar las relaciones y, desde nosotros, también nos planteamos mucho el voluntariado en clave de relación, de encuentro, de organización también, todo el tema. (...) y también eso, lo que tiene de denuncia, o de, de, de denuncia también en el sentido que tiene de propuesta política también, ¿no? de propuesta de un tipo de sociedad (...). No se si estaréis de acuerdo...” (GD. 1, Mujeres adultas con alta participación y cargo de responsabilidad en entidades de voluntariado).

Este segundo significado del voluntariado hace de puente semántico con la dimensión más política de la acción solidaria. La transformación y el cambio son posibles porque las personas, en tanto que ciudadanas, participan activamente a través de la implicación personal en el entramado organizativo de la acción social. El voluntariado, la cooperación voluntaria, tiene una repercusión política y social a través del ‘ejercicio de la ciudadanía’. Este es el tercer significado que emerge explícitamente en el discurso producido en los grupos de discusión. No

estamos sólo ante el reconocimiento de los derechos y obligaciones que el liberalismo político ilustrado impulsó bajo el término de ciudadanía civil. A la dimensión civil, la ciudadanía moderna añadió la faceta política que se legitimó sobre la base de la existencia de un individuo autónomo y libre para pensar, decidir y actuar, y que ha hecho del derecho de los ciudadanos a la participación el eje del desarrollo actual del voluntariado. La motivación para el ejercicio de la solidaridad es, simultáneamente, social y política.

Este argumento aparece con igual intensidad en los grupos de personas adultas. No obstante, se observan algunas diferencias interesantes. El grupo compuesto por varones acentúa de manera primordial el compromiso social y político que subyace en la práctica del voluntariado, asentado en lo que algunos autores han llamado la 'ética de la convicción'. Todo es poco para conseguir otro orden de cosas diferente al actual (Aranguren 2001). El grupo de mujeres hace hincapié no sólo en la transformación social y política sino también en la transformación personal y en el cambio en las relaciones humanas. El acento que ellas ponen en la transformación de lo personal, sobre la base de una 'ética de la responsabilidad individual', unido al peso argumental que en su discurso tiene la concepción del voluntariado como servicio a los demás, les lleva a establecer una estrecha ligazón entre la participación ciudadana y la ética del cuidado:

"Yo, para mí, el voluntariado es una opción, es una opción pues de, de, de sentir que la vida, o sea, es una opción que va a más, que traspasa el individualismo, quiero decir, y que trabajas sobre dos aspectos, es decir, el bien común y la reivindicación por la mejora de la sociedad, (...), pero para mí, es decir, (...) o sea, es como ser fiel a tu ser social, a tu ser en sociedad, a tu ser político, ¿vale? Para mí, es esa opción, y por supuesto, yo planteo siempre el voluntariado desde esas dos plataformas, es decir, lo que tu puedas hacer desde un ámbito cotidiano y desde lo que tengas que proyectar, seas mujer o hombre, de cara al bienestar común, que es de lanzar, de reivindicar, de solicitar responsabilidades...

De denunciar: "...y de denunciar. Para mí es una opción desde ahí..."

Política: "...política, y dices, bueno, creo que es el momento de poder apostar, por yo dar o poder compartir esto o hacer, o incluso a nivel laboral, es decir, a por... yo qué sé, lo que yo he estudiado, mis años de formación, pues poderlo volcar en esta institución o en este centro o en esto, pienso que, para mí, es eso.

Igual no hablaríamos tanto de voluntariado sino más de una participación social más, en la que, vamos a soñar, en la que todos vivamos implicados... (...) ... en el nivel de participación social que también creo que el voluntariado es un, es un derecho y un deber de ejercer la ciudadanía, ¿no? y que bueno, hablaríamos más de eso, ¿no?, de una sociedad en la que todos vivimos, eso, viviendo, pues eso, cuidando al más débil" (GD. 1, Mujeres adultas con alta participación y cargo de responsabilidad en entidades de voluntariado).

Sobre la base de una serie de argumentaciones compartidas acerca de la acción voluntaria en tanto que servicio, proceso de transformación o ejercicio de la ciudadanía, hombres y mujeres acaban elaborando articulaciones discursivas distintas. Es el grupo de mujeres el que pone sobre la mesa la vinculación entre el ejercicio de la ciudadanía y la ética del cuidado. Del mismo modo, como exponremos a continuación, en el caso de las mujeres, los argumentos sobre el uso del tiempo engloban componentes referidos al tiempo atado reproductivo en el espacio familiar y doméstico que no encontramos en el discurso producido por los hombres. Se trata de disimilitudes que enlazan con experiencias vitales distintas, en parte derivadas de las adscripciones sociales de género que han priorizado una construcción de lo genérico femenino centrado en la reproducción de la vida en el ámbito privado. Esta situación de divergencia vuelve a producirse cuando abordamos la cuestión de la equidad de género y el acceso a cargos de responsabilidad en las entidades de acción social.

DESIGUALDADES DE GÉNERO Y ACCESO A CARGOS DE RESPONSABILIDAD EN ORGANIZACIONES DE VOLUNTARIADO

En el caso de las personas voluntarias, parece clara la vinculación entre la práctica del voluntariado y la disponibilidad de tiempo que cada etapa del ciclo vital y biográfico permite. Cuando alguien acepta

el compromiso de realizar actividades de voluntariado, más allá de los valores altruistas y solidarios que se activan, más allá de las predisposiciones y los deseos, el tiempo que se puede dedicar a la acción voluntaria actúa como un límite real. En este sentido, las adscripciones sociales que asignan de forma desigual entre los géneros y las generaciones las responsabilidades en la esfera del mercado laboral, de la familia o de lo doméstico, son un factor relevante. La concepción del tiempo como recurso escaso emerge explícitamente en el discurso elaborado por los componentes de los grupos de discusión realizados. Las personas voluntarias adultas que ejercen cargos de responsabilidad en las asociaciones a las que pertenecen, son conscientes de que la variable tiempo es básica para posibilitar la participación en ellas o para limitarla. Cuando el tiempo disponible es amplio, bien porque en ese momento no existen responsabilidades familiares a las que atender o porque no se da una inserción laboral en el mercado de trabajo (y las necesidades económicas están cubiertas), la participación de las personas implicadas en las entidades tiende a aumentar.

Y sin embargo, estas mujeres y varones voluntarios adultos de clase media, con alta participación e implicación en las entidades de acción social, se caracterizan precisamente por todo lo contrario, pues la mayor parte de los componentes de los grupos tiene obligaciones familiares y laborales a las que atender. En este caso, la motivación, el deseo de participar activamente para la consecución de los fines de la organización a la que pertenecen, contrarrestan los límites que impone la escasez de tiempo libre disponible. De este modo, la acción voluntaria, que debe atender simultáneamente “al querer hacer y al poder hacer”, y que se halla sometida a presiones crecientes de cara a una gestión eficaz (Drucker 2000), aunque sea fuente de satisfacciones conlleva un coste en el nivel personal. Dedicarle un tiempo propio a la asociación exige hacer constantes renunciaciones en el terreno personal, familiar o laboral.

El tiempo que se dedica a las actividades y fines de la asociación es un tiempo alejado de los parámetros del mercado. Ahí reside parte del valor social de la práctica del voluntariado, aunque sea un

valor apenas reconocido o visible. Además, el uso del tiempo en la práctica del voluntariado está condicionado por las necesidades y demandas que los fines de la organización pretenden satisfacer. Éste es un componente discursivo que aparece tanto en la elaboración argumental de los varones como en la de las mujeres. Pero, para los varones adultos, se trata de una experiencia genéricamente nueva. Socialmente, el tiempo libre de los hombres está anclado en una concepción autónoma y autodirigida. El uso que se hace de él depende de las propias necesidades e inclinaciones. Para las mujeres adultas, en cambio, no se trata de una vivencia genéricamente tan novedosa. El tiempo de las mujeres es un tiempo heterodirigido, sujeto a las demandas de otros, lleno de elecciones constantes entre las propias necesidades y las de los demás, entre la propia autonomía y las tareas de cuidado que se les adscriben socialmente (Cardoni 1998, Colectivo IOÉ 1996). De ahí que para las mujeres adultas participantes en el grupo de discusión, el uso del tiempo en la práctica del voluntariado no suponga una ruptura con la vivencia del tiempo que, en general, experimentan en su propia vida cotidiana:

“Yo el tiempo, como lo has comentado tú, lo del estrés, lo he tenido siendo voluntaria y sin ser voluntaria, (...) pero me refiero yo que antes del voluntariado, el tiempo, yo creo que eso ya es intrínseco, por lo que decíamos, en la mujer, el ir, quieres abarcar más y parece que el día se te acabe, estés haciendo lo que estés haciendo, trabajando, además yo he trabajado a jornada reducida cuando mis hijos eran pequeños y me seguían faltando casi más horas que cuando tenía la jornada completa. El tiempo ha sido siempre un *bándicap*” (GD. 1, Mujeres adultas con alta participación y cargo de responsabilidad en entidades de voluntariado).

No obstante, ese tiempo disponible, que se “pierde” personalmente pero que “gana” la organización, lo es en la medida en que se modifican algunos de los contenidos estructuralmente institucionalizados de la esfera privada, familiar y doméstica. En el caso de los varones, al no estar genéricamente sometidos a adscripciones sociales que los responsabilicen en exclusiva del cuidado y atención hacia los demás

miembros del grupo familiar, el cambio incide especialmente en el tiempo de ocio que se comparte con la familia. Ello entraña la aquiescencia de los demás miembros de ésta, sobre todo de la esposa o compañera, para la realización de las tareas de dirección y gestión que el varón desempeña en la organización de voluntariado a la que pertenece, así como un cierto grado de implicación y apoyo:

“(...) Muchas veces, yo te puedo decir que el tiempo, generalmente, es el que robas a la familia y te puedo decir que siempre es con, con mucha autorización por parte de la familia ¿no? Eh... , lo llevo fatal a veces, os lo comento porque no te llega el tiempo muchas veces y no llegas a todos los laos, aparte de que mi trabajo también me ocupa mucho tiempo, pero yo te puedo decir que, que es con mucha paciencia por parte de la pareja y, y, hasta cierto punto, y eso, con una dictadura por parte de la asociación sobre la vida familiar, porque te llegas a implicar, sin darte cuenta ¿no?, porque, muchas veces, hay un sábado por la mañana que habías quedado y, y ese día justo tienes el límite para presentar un proyecto (...), te inventas cualquier excusa [de cara a la familia], de que hay que ir y a escondidas te vas (...)” (GD. 3, Varones adultos con alta participación y cargo de responsabilidad en entidades de voluntariado).

En el caso de las mujeres, las posiciones discursivas sobre esta cuestión presentan una mayor diversidad. No hay que olvidar que las mujeres adultas, tomadas en su conjunto, son el grupo social que dispone de menos tiempo propio y al que se le asignan más responsabilidades familiares y domésticas. Se trata de una de las adscripciones básicas del sistema sexo-género tal como ha sido configurado por la modernidad (Beltrán y Maquieira 2001, Izquierdo 2001, Pateman 1995). Esta situación genérica de partida hace que para un sector minoritario del grupo de mujeres, el tiempo que pueden dedicar a las tareas de gestión y dirección en el seno de una entidad de voluntariado comporte la incompreensión de otros miembros de la familia. No obstante, el sector mayoritario de este grupo de mujeres manifiesta contar con el apoyo y el consentimiento del resto de la familia para realizar las tareas de gestión y dirección que han asumido en el seno de las entidades de

voluntariado a las que pertenecen. Y lo exponen de un modo semejante a como lo hacen los varones. Pero, en su caso, no se trata sólo de las repercusiones que esta situación tiene en el tiempo de ocio que se comparte familiarmente; se trata también del cambio experimentado en los roles de género asignados respecto a la responsabilidad sobre el trabajo doméstico y las tareas de cuidado:

“(...) y también a veces toca compartir las cosas que, que, de ama de casa, entonces bueno, pues yo, yo llevo la casa, yo tengo dos hijos mayores (...) que no me, no me exprimen, entonces, pues la intendencia es cosa de todos y cada uno hace lo que puede (...). La verdad es que mi historia personal es que yo estudié de mayor, ya con hijos, ya. Entonces aprendieron eso muy pronto mis hijos, desde muy niños, que la casa es cosa de todos y ahí todo el mundo arrimamos el hombro, y son chicos, o sea que me alegro un montón. (...), pero yo creo que eso, que si no tienes nada que hacer como que tienen el esquema de que lo haga la madre (...), pero si esto tiene que marchar y aquí todos tenemos que arrimar el hombro, porque todos nos vamos de casa por la mañana, pues todos arrimamos el hombro, y la verdad es que mi experiencia personal es que todo el mundo arrima el hombro, con lo cual...” (GD. 1, Mujeres adultas con alta participación y cargo de responsabilidad en entidades de voluntariado).

La tradicional adscripción de las mujeres a los límites del hogar tiene que ver con las posibilidades de implicación y participación social de las mujeres, pues si la responsabilidad sobre lo doméstico sigue recayendo fundamentalmente sobre ellas, su disponibilidad para la participación en el ámbito público será siempre menor que la de los hombres. No es sólo que las mujeres tengan que realizar un sobreesfuerzo adicional para conseguir lo mismo que un hombre. Es también que no disponen en el espacio privado familiar de una infraestructura de cuidados, como la que sí suelen tener los varones, que les permita liberar ‘tiempo atado’ y dedicarse a cualquier actividad que deseen emprender más allá de la esfera privada doméstica, invirtiendo en ella todo el tiempo que consideren necesario (Durán 2001, Izquierdo 2001). Esta constatación, que

emerge hoy como uno de los factores explicativos de las desigualdades de género en el terreno del trabajo remunerado o de la política, a partir de lo observado en el discurso producido en los grupos formados por varones y mujeres con cargos de responsabilidad en asociaciones de voluntariado, parece que puede ser también aplicada de manera satisfactoria al campo de lo privado-público integrado por las entidades de acción social.

En íntima conexión con lo que hemos planteado hasta aquí, nos queda aún un último aspecto por abordar: el de las desigualdades de género en el interior de las propias organizaciones de voluntariado. El discurso general producido por las mujeres jóvenes voluntarias de clase media que participaron en la segunda reunión de grupo realizada, puede enmarcarse con bastante nitidez en lo que se ha dado en llamar un nivel participativo de base. Se trata de una posición caracterizada por la voluntad de participar, la satisfacción intrínseca que produce hacerlo y las redes de amistad que permite establecer. En este contexto, el voluntariado se define básicamente como un estilo de vida, algo que “engancha”, y que se articula a partir de las relaciones de reciprocidad que se dan en el acto de dar y recibir. Inicialmente, el discurso producido por este grupo rechaza cualquier tipo de diferencia entre varones y mujeres en las tareas de acción voluntaria que desarrollan. Las diferencias se dan entre personas con distintas habilidades o cualidades, que remiten a características de la personalidad, o con desiguales niveles de experiencia en el ámbito del voluntariado:

“(. . .) Sí, es que no veo diferencias entre chicos y chicas. A lo mejor entre personas sí, pero porque sean de una manera o de otra, que cada uno tiene su manera de ser, pero por el sexo no” (GD. 2, Mujeres jóvenes voluntarias).

Esta es una posición que a lo largo de la reunión se va matizando. Las jóvenes voluntarias recuerdan situaciones en el ámbito académico, en el laboral. El desvelamiento de las desigualdades en estos campos, producen asociaciones significantes con las desigualdades en el campo del voluntariado. Pero, tal como las perciben, son asimetrías funcionales para

la dinámica de las actividades que se desarrollan en las entidades de voluntariado:

“(. . .) pero lo veo, esa diferencia, en las profesiones. Por ejemplo, en las profesiones de psicología, trabajo social, hay mucha mujer. Ingeniería, matemáticas, hay mucho hombre. En las profesiones más sociales, más de ayuda, hay muchas más mujeres. (. . .) Pues ya que lo dices, por ejemplo, cuando nos vamos de campamento, el chico éste (. . .), ¡hombre!, él está también como todas (. . .), tenemos las mismas funciones. Pero, por ejemplo, si a uno le da la volá y no se quiere levantar del suelo, pues le llamamos corriendo y viene y nos ayuda con él si hay que usar la fuerza (. . .). Pero sí que tiene un poco el rol ese (. . .), o para pegar cuatro gritos está él. Nosotras somos más mimosillas y tal. En eso sí se ve” (GD. 2, Mujeres jóvenes sin cargos de responsabilidad en entidades de voluntariado).

Los coordinadores varones de los grupos de trabajo tienen más autoridad. Las coordinadoras “son más blandas o se hacen las blandas”. Pero, aunque la propia dinámica discursiva les conduce a evidenciar las diferencias de género que se dan en su experiencia como voluntarias, en ningún momento éstas se enuncian en términos de desigualdad, sino en términos de complementariedad entre hombres y mujeres de cara a la consecución de un objetivo común. Esta elaboración discursiva volveremos a encontrarla en el caso del grupo de varones con cargos de responsabilidad en las organizaciones a las que pertenecen y en un sector minoritario del grupo de mujeres adultas.

El análisis de las representaciones sociales sobre las asimetrías de género en el interior de las entidades de acción social, tal como han sido producidas en todos los grupos de discusión realizados, permite constatar una posición de partida común en la que no tiene cabida un discurso de corte tradicional que legitime o justifique algún tipo de desigualdad por razón de sexo en el espacio de las organizaciones de voluntariado. No obstante, a partir de esta posición común, cuando se describe la realidad de las relaciones de género en las entidades de acción social, la construcción argumental que realizan los voluntarios adultos se diversifica. El grupo de varo-

nes, voluntarios con cargos de responsabilidad en sus respectivas asociaciones, describen las relaciones de género, tanto en el campo general del voluntariado como en las organizaciones desde la que ellos mismos ejercen la acción solidaria, bajo el prisma de la equidad. Desde la posición discursiva que elaboran, la desigualdad no existe, así como tampoco ningún componente de discriminación por razón de sexo. Esta constatación viene avalada por su propia experiencia en el seno de las entidades de acción social, donde las mujeres están también presentes en las juntas directivas y en la toma de decisiones, al tiempo que son mayoría en la vida cotidiana de las asociaciones:

“(…) Y en cuanto a lo del género que habéis dicho, eh..., nosotros somos muchos socios (...). Y... y de esos [socios] el setenta por cien ya son mujeres y en la Junta a lo mejor somos paritarios, pero no, vamos, no por nada, es indistinto ser hombre que mujer, no hay ninguna discriminación. Bueno, la prueba la tenéis en que además de paritario, los dos presidentes antes que, que, eran dos mujeres, vamos que no hay ningún... y la vicepresidenta es una mujer, y ya hubo una mujer antes también, o sea que no, vamos, no hay ningún problema en, de que no, eso” (GD. 3, Varones adultos con alta participación y cargo de responsabilidad en entidades de voluntariado).

El espacio de la acción voluntaria se nutre de las personas que llegan a él, sin ningún tipo de selección o de filtro previo, especialmente en el caso de las organizaciones que cuentan con menos recursos económicos. Las desigualdades que pueden observarse respecto a la división de tareas entre hombres y mujeres en el seno de las organizaciones de voluntariado tiene que ver con “el saber hacer” y la búsqueda de la eficacia. El campo del voluntariado subsiste gracias al trabajo no pagado de quienes están dispuestos a hacerlo y no siempre estas personas tienen las habilidades o cualificaciones técnicas necesarias para llevar a buen puerto las tareas de gestión que las organizaciones de voluntariado deben acometer. Puesto que de lo que se trata es de optimizar recursos humanos escasos, mejor que “cada quien se dedique a aquello que sabe hacer bien”. Este es el principal

motivo argüido por los varones adultos del grupo para explicar la mayor dedicación de las mujeres a los trabajos cotidianos de ejecución, más próximos a los servicios de cuidado cara a cara con los usuarios, mientras que los varones se implican en mayor medida en los trabajos de planificación, más técnicos y directamente vinculados con la toma de decisiones en proyectos a largo plazo:

“Nosotros somos catorce y son seis mujeres, pero a la hora de hacer actividades, culturales o recreativas, son las mujeres las que hablan con los pintores, una exposición colectiva de pintores a beneficio de eso, hacen una, una (...), y lo organizan ellas en seguida, y así es, así. Son ellas las que llevan la iniciativa. Son más...

Son más activas (...).

... más activas. Los hombres siempre están detrás para la, para la logística o lo que sea ¿no?, pero lo que es la iniciativa de hablar y tal, y comunicar y entusiasmar y ilusionar a la gente, y llenar el recinto o lo que sea (...), pues... es la mujer. Es la mujer. Nosotros estamos ya más, bueno, traemos el proyecto de allá, lo elaboramos y ya lo presentamos al Ayuntamiento y, en fin, y, pero lo que es la cosa de sensibilización, de motivación, de, de, de calle, de, eso es de la mujer” (GD. 3, Varones adultos con alta participación y cargo de responsabilidad en entidades de voluntariado).

El grupo de varones vive y experimenta esta división de tareas como algo ajeno a las adscripciones sociales de género. Desde esta perspectiva, la mayoría numérica de las mujeres en el espacio de la acción social confirma la ausencia de cualquier tipo de discriminación o desigualdad en función del género. A la hora de participar todo el mundo es igual. Esta posición discursiva, al no abordar en ningún momento las diferencias cualitativas relativas al prestigio y poder que el desempeño de las distintas tareas dentro de las entidades conlleva, construye con relativa facilidad un discurso en el que la complementariedad existente entre hombres y mujeres, algo instrumentalmente eficaz para la consecución de los fines de las organizaciones, se convierte en argumento definitivo que corrobora la igualdad de género en el interior de las entidades de voluntariado social.

Para un sector minoritario del grupo de mujeres voluntarias de clase media, que ocupan cargos de responsabilidad en las entidades de acción social a las que pertenecen, las relaciones de género que se dan en el interior de las organizaciones de voluntariado se mueven también bajo el paraguas de la equidad. Aquí, las argumentaciones discursivas que se elaboran son muy semejantes a las que se producen en el caso de los varones o de las mujeres jóvenes voluntarias. Éstas representan adecuadamente los contenidos centrales de la posición que hemos llamado 'integrada instrumental', una posición en la que el argumento central es el de la complementariedad de las diferencias entre hombres y mujeres, tanto en el nivel de las identidades como en el de las tareas a desempeñar. Desde esta perspectiva, el que se acceda a un determinado cargo de responsabilidad dentro de la asociación obedece a la disponibilidad de las personas; ser hombre o mujer es irrelevante en este terreno. Lo importante es la consecución de los objetivos de la organización:

"Yo en mi caso, en la asociación, (...) el protagonismo tanto está en el hombre como en la mujer ¿no? Luego a nivel de lo que es el, la historia un poco de la asociación, a nivel de cargos directivos, pues ha habido épocas en que la presidenta ha sido una mujer, ahora el presidente es un hombre, ahora el secretario es un hombre, pero la tesorera es una mujer. (...) Entonces, yo, de momento, no he encontrado nada que, diríamos, que como mujer, pues me llame la atención con respecto al desempeño del cargo dentro de la asociación. El coordinador de aquí es un hombre, el anterior también era un hombre, pero fue un hombre porque las mujeres, en ese momento, que se les ofreció el cargo, pues la disponibilidad era mucho menor. Fue cuestión única y exclusivamente de disponibilidad (...)" (GD. 1, Mujeres adultas con alta participación y cargo de responsabilidad en entidades de voluntariado).

Hay otro sector del grupo que impulsa la aparición de una posición 'reivindicativa feminista', minoritaria en la dinámica grupal, que insta a una reflexión que dé cuenta de la situación más allá de la experiencia vivida personalmente. Desde esta posición se señala cómo, a pesar de todos los

cambios acontecidos en lo relativo a las desigualdades de género, éstas siguen manteniéndose, pues a medida que subimos en la escala del prestigio social disminuye el número de mujeres y aumenta el de varones. Y esta es una situación que también afecta de maneras muy diversas al espacio de la acción social:

"Jo crec que lo que és treball social, en general, hi ha més dones que homes sempre, ara quan pugés, jo crec, en els càrrecs, ja et passes a homes. Sí, sí, és així. Ací càrrecs no, perquè és que els càrrecs que hi ha són dones, però jo, en la meua experiència en el treball social en altres associacions, en general, la immediata al problema és una dona, però el càrrec ja mes avant, tècniques, en programació, dones, però després, ja mes amunt, tesorers i inclús ja caps, coordinadors, coses així, ja homes, per disponibilitat o pel que siga, ací les raons jo crec que tenen que vore amb el patriarcat, les raons tenen molt a vore, però..." (GD. 1, Mujeres adultas con alta participación y cargo de responsabilidad en entidades de voluntariado).

"Pero, por ejemplo, a nivel general, yo recuerdo el Congreso Nacional de Voluntariado que se hizo aquí hace unos años. Las ponencias, cuando miras el programa, la mayoría las daban hombres. Los escritos que hay sobre voluntariado, ¿vale?, donde vamos a las fuentes del voluntariado, son todos hombres, la mayoría de escritos, de libros..."

Es que la mujer es más de actuar que de escribir.

¡Hala!

(...)

¿Te molesta lo que he dicho?

A mí sí me molesta que en un mundo, donde precisamente somos las mujeres las que hemos estado desde el principio, no asumamos también el, la tarea de escribir, de escribir sobre algo de lo que sabes probablemente más que ellos..." (GD. 1, Mujeres adultas con alta participación y cargo de responsabilidad en entidades de voluntariado).

Los argumentos cambian de signo en la dinámica discursiva del grupo, se hacen más complejos. La división de tareas y funciones entre hombres y mujeres, ya no se vislumbra sólo desde la complementariedad necesaria para la consecución de los fines de la entidad. Es algo que depende de muchos factores. Uno de los más relevantes tiene que ver con

la magnitud de los recursos económicos y humanos de cada organización. Desde la posición central y mayoritaria del grupo de mujeres voluntarias de clase media, se plantea el hecho de que la equidad de género no es algo que se esté produciendo en todas las entidades de acción social, pues a medida que las organizaciones ganan en prestigio y poder las desigualdades de género parecen aumentar:

(...) Quiero decir, que si es una asociación pequeña y que en ese momento, pringando, hay cinco personas y cuatro de ellas son mujeres y tres son hombres, pues se lo van a comer entre los siete que son. Quiero decir que también el cargo va en función de, en ese momento, quién está a pie de o... , a pie de cañón en ese aspecto, ¿no? Porque voluntariado hay mucho, en las asociaciones de voluntarios hay hombres y hay mujeres, y ¿qué pasa?, pues que la propia asociación tiene una dinámica interna y que si en ese momento se necesita a una persona para la junta directiva y si acaban de llegar dos personas que quieren pringarse más en la asociación, 'pues mira, tú mismo', (...). Luego, si estamos hablando de entidades supergrandes, pues sí que a lo mejor...

(...)
...pero precisamente ese tipo de cargos pues es algo que, que, bueno, pues mira, te puede tocar si estás un poquito más metido dentro de la historia ¿no? (...). No sé si estáis de acuerdo en eso (...), porque yo te aseguro que en las grandes entidades y tal, los presidentes son presidentes y no son presidentas y si no podemos hacer toda la historia del voluntariado en, de las grandes entidades y, y, hacemos un listado y veremos cuántos presidentes ha habido y cuántas presidentas, y veréis qué sorpresa nos llevamos, porque la mayoría son hombres..." (GD. 1, Mujeres adultas con alta participación y cargo de responsabilidad en entidades de voluntariado).

Entre la posición 'integrada instrumental' y la posición 'reivindicativa feminista', el grupo elabora una serie de argumentos que acabarán dando cuerpo a la posición discursiva que hemos denominado 'disidente expresiva' y que se configurará como la mayoritaria y central en la dinámica significativa del grupo. La disponibilidad para ejercer cargos en las entidades de acción social se relaciona directamente con las adscripciones sociales de género. En gene-

ral, las mujeres tienen más dificultades para acceder y ejercer el poder. Su renuncia al mismo es una constante. En la experiencia genérica del desempeño de cargos de dirección y gestión destaca la diferente consideración que hombres y mujeres tienen de su propia autonomía, y de cómo ésta repercute en la asunción de responsabilidades en el seno de una organización de voluntariado. El hombre es "el que sabe dar el paso para ser visto". La mujer no sabe o, a lo mejor, "no quiere o no le gusta". La "ambición" para conseguir más prestigio en cualquier ámbito de lo social, el espacio de lo privado-público incluido, aparece en el discurso como significante asociado a lo masculino. Las mujeres, "atrapadas entre mil cosas", no son tan ambiciosas, "van por otra parte". La 'ambición' y la 'competitividad', como significantes discursivos, se disocian de lo femenino. Para el sector central del grupo de mujeres adultas voluntarias de clase media, aceptar un puesto de responsabilidad en una organización de voluntariado es más una responsabilidad y un servicio que una cuestión de prestigio social o poder.

En este contexto, la imagen que el grupo de mujeres voluntarias adultas, con cargos de responsabilidad en organizaciones de acción social, construye sobre la relación entre las mujeres y el poder se halla a mitad camino entre la aceptación del propio destino social y la búsqueda de un nuevo modo de ejercerlo. El grupo de mujeres se interroga acerca de la adecuación de los diferentes modos de ejercer el poder en el seno de estas organizaciones, dirime sobre su pertinencia a partir de los valores del altruismo solidario. Otorga gran importancia a los afectos, tanto en la toma de decisiones como en la consolidación de sus iniciativas, opta por el diálogo y el trabajo en equipo, rechaza el estilo autoritario. Si las mujeres quieren realizarse en el nivel social, pero también en el personal y afectivo, si no quieren dejar de lado las tareas de cuidado hacia los demás, ni su proyección profesional o su implicación en el ámbito del voluntariado, sólo cabe "moverse de otro modo" en todas las esferas de la vida, "buscar el sentido" de aquello que se hace. Y en esta búsqueda del sentido, el prestigio o la proyección social de las funciones de dirección o gestión en las entidades de acción social es algo secundario, pues lo

importante es el ejercicio de un tipo de ciudadanía vinculado al derecho de las personas a ser cuidadas y a la responsabilidad personal de cuidar a los otros, desde una práctica solidaria donde la colaboración conjunta es primordial:

“(...). De hecho, somos nosotras las que no nos damos la oportunidad, porque ¿nos interesa? Yo os pregunto ¿nos interesa?... ¿Merece la pena renunciar a tanto para estar ahí?

(...)

Yo tampoco considero que llegar arriba sea llegar más alto, sino que, que, para mi, lo importante es ser feliz con lo que estoy haciendo, entonces me da igual estar en un puesto que en otro, si, si, si lo que hago, ¡vamos!, me hace ser feliz y hacer felices a los de alrededor, porque lo que me importa no es...

(...)

... porque el poder no es competir, o sea, estar en un puesto directivo no es competir, sino tener más responsabilidad, a lo mejor eso sí, pero eso no es competir.

(...)

Yo lo veo así. Es un trabajo en equipo y en un equipo cada uno da lo que es y lo que sabe y, y, esa riqueza de, de arrimar los hombros y no colgarte del brazo, y, y eso es lo que hace más rico el producto final, que no es la suma de los miembros sino que es algo más.” (GD. 1, Mujeres adultas con alta participación y cargo de responsabilidad en entidades de voluntariado).

El sector central y mayoritario del grupo de mujeres, desde la posición que hemos dado en llamar ‘disidente expresiva’, se enfrenta a un dilema ineludible respecto al acceso a los roles de élite en el interior de las organizaciones de voluntariado. ¿Es posible alcanzar dichos roles con el bagaje de los valores asociados a la ética del cuidado? Desde ciertas perspectivas analíticas (y políticas) se argumenta que, en el espacio de la desigual distribución de recursos de poder en función del género, la mera reivindicación de los valores que la modernidad adscribió a la feminidad sirve de poco, pues para contribuir al cambio en el sistema sexo-género es necesario que las mujeres desempeñen roles de élite. Y, cuando lo hacen, para mantenerse en ellos, deben parecerse cada vez más a los hombres que ya están allí. No obstante, lo que se empieza a constatar empírica-

mente es que la realidad muestra tendencias diversas en función del ámbito social del que se trate y que, a menudo, cuando las mujeres acceden a puestos de élite lo que se detecta es un paulatino desdibujamiento de los perfiles de las adscripciones de género: las mujeres asumen algunos de los comportamientos y valores considerados masculinos, los varones hacen suyas algunas de las conductas y valores considerados femeninos. Es un proceso dinámico en el que nuevas experiencias vitales, impulsadas fundamentalmente por las mujeres, inciden en el surgimiento de pautas emergentes que introducen transformaciones en el sistema sexo-género (Saltzman 1992, Valle 2002).

Desde la posición central del grupo de mujeres voluntarias adultas de clase media, con cargos de responsabilidad en sus respectivas organizaciones, la respuesta a este dilema en el nivel manifiesto del discurso parece clara. Es posible (y necesario) acceder a roles de dirección y gestión en las entidades de voluntariado a partir de los valores asociados a la ética del cuidado. La importancia de lo personal, de la capacidad de comunicación o empatía, del trabajo en equipo más allá de formas jerárquicas de actuación, de la interdependencia entre los sentimientos, el cuidado a los demás y la eficacia en la consecución de unos objetivos, se conciben no sólo como atributos positivos de las mujeres sino como cualidades valiosas intergenéricas en el ejercicio de la responsabilidad que todo cargo conlleva. En este sentido, no se trata de imitar maneras de hacer masculinas, sino de revalorizar los componentes femeninos de la acción solidaria, de modo que las prácticas ‘expresivas’ vinculadas al cuidado y al compromiso con unas relaciones humanas más satisfactorias no se hallen ausentes del ejercicio de la ciudadanía, sea cual sea el lugar en el entramado organizativo desde donde se lleve a cabo.

Aproximarnos desde una perspectiva de género al análisis de lo que está tejido junto, es decir, de lo complejo, en las entidades de voluntariado social ha sido el objetivo de este artículo. Aún queda mucho por explorar en este ámbito. Sin embargo, esperamos haber contribuido a desvelar parte de las transformaciones que en este territorio se están produciendo, aunque a veces se vislumbren discursivamente

sólo bajo la forma de indicios o de ligeras rupturas disidentes. No todo son permanencias, no todo son cambios. La estratificación en función del género que sigue vigente en las sociedades de modernidad avanzada, es un elemento más de los muchos que conforman la acción social en el campo del voluntariado. Pero, sin lugar a dudas, es un elemento muy significativo.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- ARANGUREN GONZALO, L.A. (2001): "Modelos de voluntariado", en A. García Inda y J. Martínez de Pisón, *Ciudadanía, voluntariado y participación*, Madrid, Dykinson.
- ARIÑO, A. (dir.) (2001): *La Ciudadanía Solidaria. El voluntariado y las organizaciones de voluntariado en la Comunidad Valenciana*, Valencia, Fundació Bancaixa.
- BARTHELEMY, M. (2000) : *Associations: Un nouvel âge de la participation?*, Paris, Presses de Sciences.
- BELTRÁN, E. y V. MAQUIEIRA (eds.) (2001): *Feminismos. Debates teóricos contemporáneos*, Madrid, Alianza.
- BOCCHETTI, A. (1996): *Lo que quiere una mujer. Historia, política, teoría. Escritos 1981-1995*, Madrid, Cátedra.
- BOURDIEU, P. (2000): *La dominació masculina*, Barcelona, Edicions 62.
- CAMPS, V. (1998): *El siglo de las mujeres*, Madrid, Cátedra.
- CARRASCO, C. (2001): "El ejercicio de la ciudadanía: la ciudadanía oculta de las mujeres", en M.J. Aubet y otras, *Mujer y ciudadanía. Del derecho al voto... al pleno derecho*, Barcelona, Bellaterra.
- COLECTIVO IOÉ (1996): *Tiempo social contra reloj. Las mujeres y la transformación en los usos del tiempo*, Madrid, Instituto de la Mujer.
- DRUCKER, P.F. (2000): *Organitzacions sense ànim de lucre*, Barcelona, Universitat Oberta de Catalunya.
- DURÁN, M.A. (dir.) (2001), *Nuevos objetivos de igualdad en el siglo XXI. Las relaciones entre hombres y mujeres*, Madrid, Dirección General de la Mujer.
- FUNDACIÓN TOMILLO (2000): *Empleo y trabajo voluntario en las ONG de acción social*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
- GUTIÉRREZ RESA, A. (2000): *Rostrros de la solidaridad*, Valencia, UNED.
- INMARK (2000): *Las ONG y las fundaciones y su contribución al empleo*, Madrid, Ministerio de Trabajo - INE.
- IREF (Istituto di Ricerche Educative e Formative), (2000): *L'impronta cívica. Le forme di partecipazione sociale degli italiani: associazionismo, volontariato, donazioni*, Roma, Lavoro.
- IZQUIERDO, M.J. (1998): *El malestar en la desigualdad*, Madrid, Cátedra.
- IZQUIERDO, M.J. (2001): *Sin vuelta de hoja. Sexismo, poder, placer y trabajo*, Barcelona, Bellaterra.
- MADRID, A. (2001): *La institución del voluntariado*, Madrid, Trotta.
- MAUSS, M. (1979): "Ensayo sobre los dones. Motivo y forma del cambio en las sociedades primitivas", *Sociología y Antropología*, Madrid, Tecnos, pp. 155 - 263 (e.o. 1923 - 1924).
- MURILLO, S. (1996): *El mito de la vida privada. De la entrega al tiempo propio*, Madrid, Siglo XXI.
- PATEMAN, C. (1995): *El contrato sexual*, Barcelona, Anthropos.
- PERELLÓ, F. (2000): "Género y privacidad. Las paradojas de la inserción social de la mujer", en J.R. Bueno (coord.), *Programas de Inserción y Exclusión Social. Análisis comparado España - Francia - Portugal*, Valencia, Reproexpres Ediciones.
- PERELLÓ, F. (dir.) (2005): *Género y voluntariado. La participación de las mujeres en las ONG de la Comunitat Valenciana*, Plataforma de Voluntariat Social de la Comunitat Valenciana, disponible en <http://www.platavol.org/investigacion.html>.
- PÉREZ DÍAZ, V. y J.P. LÓPEZ NOVO (2003): *El Tercer Sector Social en España*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
- PLATAFORMA PARA LA PROMOCIÓN DEL VOLUNTARIADO EN ESPAÑA (1997): *Las organizaciones de voluntariado en España*, Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.

- RUIZ DE OLABUÉNAGA, J.I (2000): *El sector no lucrativo en España*, Bilbao, Fundación BBV.
- SALTZMAN, J. (1992): *Equidad y género. Una teoría integrada de estabilidad y cambio*, Madrid, Cátedra.
- VALLE, T. del (1997): *Andamios para una nueva ciudad. Lecturas desde la antropología*, Madrid, Cátedra.
- VALLE, T. del (coord.) (2002): *Modelos emergentes en los sistemas y las relaciones de género*, Madrid, Narcea.
- VOLMED PROJECT (1997): *Organised Voluntary Services in the Countries of Mediterranean Europe: Greece, Italy, Portugal, Spain*, Roma, Fondazione Italiana per il Volontariato.